

DE SÓCRATES, ¿QUE NADA SABE?

Juan Araos Úzqueda

araosuzqueda@gmail.com

1

Tan persuasivamente han hablado sus acusadores Meleto, Ánito y Licón, que escuchándolos él casi se olvida de sí mismo, dice Sócrates al comienzo de su solitaria defensa, en el tribunal, ante los quinientos y un varones atenienses que lo juzgan;¹ y agrega enseguida que de las muchas mentiras que ellos formulan en su contra, una lo asombra especialmente: la que lo sindicada de orador hábil,² del que habría que cuidarse. Pues él no se reconoce para nada diestro en el hablar persuasivo³ sino como alguien veraz,⁴ deseoso de hacer oír en la ocasión toda la verdad,⁵ con palabras sencillas y justas,⁶ dignas de un hombre de setenta años, sin adornos retóricos ni brillos superfluos, como las que él usa a diario en la plaza, junto a los puestos de comercio o las mesas de los cambistas, cuando conversa con la gente; palabras comunes y corrientes,⁷ pero raras en el estrado

¹ “El número habitual, según las fuentes, era de 500 [jueces]. Pero, sobre la base de datos referidos a épocas algo posteriores, los estudiosos suelen fijar el número más bien en 501, en la idea de que debía tratarse de un número impar, a fin de evitar la posibilidad de un empate”: Alejandro Vigo, “Introducción” a la *Apología de Sócrates* que él traduce, analiza y anota (Ed. Universitaria, Santiago, 2002, p. 16). “Los jueces eran quinientos uno”: A.J.Festugiere, *Sócrates*, Interamericana, Buenos Aires, 1943, p.138.

² ὡς δεινὸς ὄντος λέγειν, *Ap.* 17a,b. Ésta y las demás citas en griego de la *Apología* que siguen, las tomo de la edición de Burnet (*Platonis opera*, tomos I, Oxonii, 1967). Protágoras sabe cómo hacer a uno hábil en hablar (δεινὸν λέγειν), le dice Hipócrates a Sócrates, en *Protágoras* 312d; y en 310e el mismo Hipócrates dice que todos celebran a Protágoras y lo consideran el más sabio en hablar (‘φασιν σοφώτατον εἶναι λέγειν’).

³ El hablar asunto de la retórica definida como “artífice de persuasión” (πειθοῦς δημιουργός) en *Gorgias* 453a.

⁴ τὸν ἀληθῆ λέγοντα, *Ap.* 17b.

⁵ πᾶσαν τὴν ἀλήθειαν, *Ap.* 17b.

⁶ πιστεύω [...] δίκαια εἶναι, ἃ λέγω, *Ap.* 17c.

⁷ Semejantes, tal vez, en más de un sentido, a las del poeta que perfila este Manifiesto: “Que el poeta no es un alquimista/ El poeta es un hombre como todos/ Un albañil que construye su muro:/ Un constructor de puertas y ventanas. Nosotros conversamos/ En el lenguaje de todos los días/ No creemos en signos cabalísticos” (Nicanor Parra, “Manifiesto”, en *Obra Gruesa*, Universitaria,

forense donde comparece por primera vez,⁸ y cuyo fondo cierto sus jueces no habrían de desestimar si se comportan de manera ecuaníme, benevolente, con buen criterio, y observan, entonces, ante todo, si lo que declara el acusado es justo o no,⁹ “pues la virtud del juez es ésta, y la del orador decir verdades.”¹⁰

Meleto, Ánito y Licón, no son, sin embargo, los únicos acusadores a los cuales Sócrates responderá ante el multitudinario y variopinto¹¹ tribunal de “varones atenienses”¹² que lo juzga. Los tres (“unos de los poderosos” a los que Platón se refiere, sin nombrarlos, en la *Carta Séptima*¹³) han acusado formalmente a Sócrates de (a) no creer en los dioses de la ciudad, (b) introducir en ésta divinidades nuevas y (c) corromper a los jóvenes; pero circulan también en Atenas acusaciones antiguas, informales, contra Sócrates, propaladas en un comienzo por los que Sócrates llama ese momento “primeros acusadores”¹⁴, gente anónima en su mayoría, salvo Aristófanes, que ha echado a correr tiempo atrás el rumor calumnioso de que un cierto Sócrates (a) investiga las cosas del cielo y todas las subterráneas, (b) convierte el *logos* más débil en más fuerte y (c) enseña a otros estas cosas, es decir lo recién señalado en (a) y en (b). Sócrates declara que él teme más a estos antiguos acusadores “que a los del círculo de Ánito”¹⁵, pues el rumor falso, difícil de replicar en pocos minutos por una persona sola, surgido a causa de esos acusadores lejanos, invisibles, ha hecho, piensa él, cundir por años la sospecha falaz de que como estudioso de tales fenómenos celestes y terrestres él no creía en los dioses, esto es merecía ser inculpado de ateísmo, el cargo principal que el libelo acusatorio de Meleto formulaba en su contra. Además, el que sus acusadores formales lo tengan por

Santiago, 1969, p. 164). “Por lo demás Sócrates vivió siempre a plena luz; ya que por la mañana iba a paseos y gimnasios; se le veía en el ágora en la hora de más concurso; y lo restante del día se le hallaba siempre donde la mayoría acostumbraba a reunirse; en tales lugares hablaba casi siempre y podía oírle quien quisiera” (Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates* I, 10, traducción de Juan David García Bacca, UNAM, 1993).

⁸ Aunque haya asistido a otros juicios, y no ignore del todo, en consecuencia, ciertos usos corrientes en los tribunales, según se puede inferir por 34b, c y 35a. Véase, en relación a esto, A. Vigo, *ob. cit.*, p. 111.

⁹ εἰ δίκαια λέγω ἢ μή, *Ap.* 18a.

¹⁰ δικαστοῦ μὲν γὰρ αὕτη ἀρετή, ῥήτορος δὲ τὰ ληθῆ λέγειν. *Ap.* 18a. Cf. *Ap.* 35c.

¹¹ “Variopinta asamblea de [...] atenienses, incluidos los funcionarios jubilados, viejos [...] artesanos, pequeños tenderos, y otros incapaces [tal vez] de encontrar empleo mejor pagado” (W. Guthrie, *Historia de la filosofía griega*, III, versión de Joaquín Rodríguez Feo, Gredos, Madrid, p. 367, citando a C. Phillipson, *The Trial of Socrates (with chapters on life, teaching, and personality)*).

¹² ἄνδρες Ἀθηναῖοι, *Ap.* 17a, 19a, et *passim*.

¹³ 325a.

¹⁴ τοὺς πρώτους κατηγοροῦς, *Ap.* 18a.

¹⁵ οὗς ἐγὼ μᾶλλον φοβοῦμαι ἢ τοὺς ἀμφὶ Ἀνυτον, *Ap.* 18b.

un orador experto, de hablar persuasivo, y lo denuncien por corromper a los jóvenes, esto es educar a los jóvenes de una manera incorrecta, religiosa, política o moralmente inadecuada, pudo derivarse, siquiera en parte, pensaría él, del antiguo rumor que le atribuía a él mismo convertir el *logos* más débil en más fuerte, a la manera de un sofista más o menos avezado. No sorprende, pues, que Sócrates quiera comenzar su defensa respondiendo en lo posible a esas arraigadas y extendidas acusaciones antiguas, que muchos de sus ocasionales jueces habrán escuchado desde niños, o adolescentes, crédulos, y que al sindicarlo de “sabio varón”¹⁶ “investigador de los fenómenos celestes”¹⁷ y de las cosas bajo tierra, favorecían de antemano, por decirlo así, los cargos de impiedad y de corrupción a los jóvenes que el joven Meleto, Ánito y Licón, le atribuían. Nada fácil, sino difícil, tarea, la suya de replicar a sus antiguos acusadores, reconoce Sócrates ante los atenienses que lo juzgan; pero él obedecerá a la ley y se defenderá en consecuencia, y que las cosas del caso transcurran “como sea grato al dios”¹⁸, les dice a sus jueces, sorprendidos, quizás, de su altiva y humilde actitud.

Platón, que se menciona dos veces en ésta¹⁹ que sería “la más ciertamente socrática de todas [sus] obras”²⁰, y sólo una vez más en sus otros escritos,²¹ testimonia el cumplimiento de la esforzada y obediente defensa de Sócrates ante el tribunal que lo juzga, y recrea con ello la vocación filosófica, el oficio diario, la actitud vital, *la sabiduría*, de su maestro, que conoció de cerca por unos diez años, digamos entre sus dieciocho y sus veintiocho.

2

Contra las “primeras acusaciones” y los “primeros acusadores” Sócrates aduce, pues, que él no participa para nada en lo que unas y otros le atribuyen:

¹⁶ σοφὸς ἀνὴρ, *Ap.* 18b.

¹⁷ τὰ τε μετέωρα φροντιστήs, *Ap.* 18b. “Sócrates es ὁ φροντιστής en *Nubes* 266” (W. K. C. Guthrie, *ob. cit.*, p. 346); como tal dirige el φροντιστήριον (escuela, lugar de estudio o meditación) del que Aristófanes se burla en esa comedia.

¹⁸ ὅπῃ τῷ θεῷ φίλον, *Ap.* 19a. Cf. *Ap.* 35d: νομίζω τε γάρ, ὦ ἄνδρες Ἀθηναῖοι, ὡς οὐδεὶς τῶν ἐμῶν κατηγορῶν (“porque [yo] creo, varones atenienses, como ninguno de mis acusadores [crec]”).

¹⁹ En 34a y 38b.

²⁰ W. K. C. Guthrie, *ob. cit.*, p. 452. W. Jaeger, *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, II, Fondo de Cultura Económica, México, 1948, p. 41, escribe que “[e]n la *Apología* [...] se exponen en la forma más breve y más sencilla la suma y el sentido de [la] actuación [de Sócrates]”.

²¹ *Fedón* 59b: “Platón, creo, estaba enfermo”, de manera que no estaba presente en la prisión, junto a Sócrates y los demás, el día en que Sócrates murió, le cuenta Fedón a Equócrates en ese lugar del diálogo. En una de las clases que se recogen en el libro *Borges oral* (Alianza Editorial, Madrid, 2000, p. 27) Jorge Luis Borges dice que ésa es “la frase más conmovedora que Platón escribió en su vida”.

no sabe cosmología, no investiga los fenómenos naturales ni habla sobre ellos, lo cual nadie negará sin mentir;²² no anda por los aires, ni pasa revista al sol, como escribía Aristófanes;²³ no trata de educar a los hombres, cobrando por eso, como Gorgias, Pródico, Hipias, Eveno de Paros; no se siente un hombre sabio como estos bien reputados sofistas maestros de la juventud griega. Pero si alguno de sus jueces, buscando quizás explicarse el origen de las acusaciones contra él, y reunir así recursos para mejor evaluar su caso sin prejuzgarlo, le pidiera dar cuenta del *asunto*²⁴ al que se dedica, esto es de la *ocupación* principal de su vida, la cual habría dado también lugar a las calumnias que circulan contra él, impensables si él no hiciera nada fuera de lo común, diferente a lo que la mayoría hace a diario en sus oficios, si uno de sus jueces le preguntara, con buen criterio, imagina él, cuál es ese *asunto* singular, único y decisivo, que habría promovido siquiera en parte su mala fama y las acusaciones en su contra, él procuraría responder de veras, fuera de broma, a los señores del jurado, les dice a los señores del jurado, tal como les responde de hecho enseguida: que debe su renombre nada más que a *cierta sabiduría*,²⁵ una que tal vez podría llamarse *humana sabiduría*,²⁶ en la cual sí se siente *sabio* en realidad;²⁷ una sabiduría distinta, desde

²² En *Fedón* 95a-99d, Sócrates mismo admite ciertas preocupaciones y estudios cosmológicos, naturalistas, suyos, de los cuales se había distanciado en su momento. Que él niegue saber cosmología en su *Defensa*, contará, pues, con su distanciamiento y abandono de aquellos *físicos* afanes juveniles, lo cual un famoso texto de Aristóteles (*Metafísica* 987a-b) corrobora, indirectamente. Diógenes Laercio y Simplicio transmiten, por su parte, la tradición de que Sócrates joven había sido discípulo del naturalista Arquelaos (cuyo maestro Anaxágoras había sido condenado por impiedad en Atenas en tiempos de Sócrates); Jenofonte había escrito, sin embargo, que Sócrates “[j]amás discutía aquel tema favorito de otros conversadores, “la Naturaleza del Universo”, y evitaba especulaciones acerca del llamado “Cosmos” de los profesores, de cómo funciona, y acerca de las leyes que rigen los fenómenos celestes; en verdad, argumentaría que perturbar la propia mente con tales problemas es pura locura” (*Memorabilia* I, 1, en G. Sarton, *Historia de la ciencia* [...], Eudeba, Buenos Aires, 1965, vol. 1, p. 320). Véase, en este sentido: Cicerón, *Cuestiones Académicas*, I, 4: “Sócrates, en mi opinión, y según consta universalmente, fue el primero que, apartando la filosofía del terreno de las cosas ocultas y veladas por la naturaleza misma, a cuyo estudio se habían consagrado todos sus antecesores, la aplicó a la vida común, haciendo de ella una ciencia investigadora de las virtudes, de los vicios, y, en general, de lo bueno y de lo malo” (Colegio de México, 1944, traducción de Agustín Millares Carlo); y *Cuestiones Tusculanas* V, 4, 10.

²³ *Las nubes* 225: “Camino por los aires y paso revista al sol” (Traducción de Elsa García Novo).

²⁴ *πρᾶγμα*, 20c.

²⁵ διὰ σοφίαν τινὰ τοῦτο τὸ ὄνομα ἔσχηκα, *Ap.* 20d.

²⁶ ἥπερ ἐστὶν ἴσως ἀνθρωπίνη σοφία, *Ap.* 20d. Siglos después de la muerte de Sócrates, Plutarco, en *De genio Socratis*, recolecta este tópico: Σωκράτους ἀνδρὸς ἀτυφία καὶ ἀφελεία μάλιστα τὴν φιλοσοφίαν ἐξανθρωπίσαντος [...] (“habiendo el hombre Sócrates humanizado muchísimo, con modestia y sencillez, la filosofía [...]). Véase *supra*, notas 7 y 22.

²⁷ τῷ ὄντι [...] κινδυνεύω ταύτην εἶναι σοφός, *Ap.* 20d.

luego, a la quizás sobrehumana de los famosos mencionados más arriba, de la que él, a decir verdad, no tiene idea,²⁸ aunque algunos se la atribuyan con la sospecha de que confunde a la gente que lo escucha, y tiende a la impiedad. Además no remitirá a sí mismo como testigo de si algo es y de qué sea la sabiduría que constituye su oficio, “sino a uno que habla de manera fidedigna según ustedes”²⁹, “el dios de Delfos”³⁰, les dice a los atenienses que lo juzgan. La Pythia, la mujer sacerdotisa del templo de Apolo en Delfos, de la familia de aquella de la que Heráclito escribió que “con boca delirante, hablando sin risas ni ornamentos ni perfumes, alcanza miles de años con su voz, por el dios”³¹, había, en efecto, recuerda él, contestado en cierta ocasión a una pregunta de Querefonte, un ateniense curioso e impulsivo, conocido por más de uno de sus jueces, que nadie era más sabio que Sócrates. Querefonte le había preguntado si había alguien más sabio que Sócrates, y ella respondió eso: que no había nadie más sabio que Sócrates.³² Sócrates recuerda esa respuesta negativa oracular (que él había convertido en afirmativa, identificando el comparativo σοφώτερον de 21a con el superlativo σοφώτατον: *el más sabio*, o *sapientísimo* de 21b)³³ y confiesa que al escucharla y durante largo tiempo después se preguntaba, perplejo, qué significaría, qué habría querido decir el dios con esas palabras, pues él “ni mucho ni poco [tenía] conciencia de ser sabio”.³⁴ ¿Qué habría querido decir el dios al declarar mediante la Pythia que *no había nadie más sabio* (σοφώτερον) que él, es decir (a juicio de Sócrates) que él era *el más sabio* o *sapientísimo* (σοφώτατον)? Apolo, el dios “cuyo oráculo está en Delfos”³⁵, “no miente, no tiene derecho a mentir”³⁶, pensaba Sócrates, escribe Platón, al meditar en la respuesta de la Pythia a Querefonte, pero él no captaba todavía el sentido verdadero de la comprometedora sentencia, y tomaba la palabra sabio que aparece en ella, de un modo equívoco, quizás demasiado literal, como si significara entendido en muchas cosas diversas, con un saber ampliamente ilustrado, o diestro en un arte

²⁸ οὐ γὰρ δὴ ἔγωγε αὐτὴν ἐπίσταμαι, *Ap.* 20c.

²⁹ εἰς ἀξίόχρεων ὑμῖν τὸν λέγοντα ἀνοίσω, *Ap.* 20c.

³⁰ τὸν θεὸν τὸν ἐν Δελφοῖς, *Ap.* 21a.

³¹ B 92.

³² ἀνείλεν οὖν ἡ Πυθία μηδένα σοφώτερον εἶναι, *Ap.* 21a.

³³ La Pythia había respondido a Querefonte, en 21a, que ninguno era más sabio (σοφώτερον) que Sócrates; lo cual Sócrates interpreta como puede verse en esta pregunta suya un poco más adelante, en 21b: “¿[q]ué dice él al declarar que yo soy el más sabio o sapientísimo [σοφώτατον]?”

³⁴ οὔτε μέγα οὔτε σμικρὸν ζύνοῖδα ἑμαυτῷ σοφὸς εἶναι, *Ap.* 21b.

³⁵ Heráclito, B 93.

³⁶ οὐ γὰρ δὴ ποὺ ψεύδεται γε οὐ γὰρ θέμις αὐτοῦ, *Ap.* 21b.

(*tejne*) disponible, productiva, o algo así, de manera que cuando se puso, laboriosamente, a interpretar el sentido de la sentencia ésa, trataba incluso de refutarla, aunque no desconfiara de la veracidad del dios que la inspiraba. Trataba de refutarla pues él no se consideraba sabio en el sentido que advertía en la palabra sabio de la sentencia de la Pythia, y había en la ciudad varios que al parecer sí eran sabios en ese sentido, de los cuales se decía que eran entendidos en muchas cosas, dueños de una vasta, policroma, experta, sabiduría, que él podría verificar, como de hecho intentó hacerlo, hablando primero con un político con fama de sabio, “como para refutar entonces al oráculo”³⁷, oponiéndole a su decir, aún incomprensible para él, la evidencia de uno más sabio que el “sabio” Sócrates. Conversando con este político notó, sin embargo, les dice a sus jueces, que a pesar de su reputación de sabio el famoso ciudadano no era en realidad un hombre más sabio, sino menos sabio, que él, y después de que ambos habían conversado pensaba, para sus adentros, alejándose:

soy más sabio que este hombre, porque quizás ninguno de nosotros dos sabe nada bello y bueno, pero él cree saber algo <bello y bueno>, sin saberlo, mientras yo, tal como, en efecto, no <lo> sé, no creo <saberlo>. Parece que soy más sabio que él, al menos por la pequeñez de que no creo saber las cosas que no sé.³⁸

3

Veré más de cerca ahora dos afirmaciones de Sócrates en el tramo que examino de su defensa, una en 21b y otra en 21d. Ambas me sirven para responder, o principiar a responder, la pregunta que aparece en el título de este trabajo. La primera está registrada en la nota 34, de la página anterior, y la traduzco así: “yo ni mucha ni poca conciencia tengo de ser sabio”, o “yo no me considero sabio, ni mucho ni poco”, donde *mucho* y *poco* funcionan como adverbios, no como adjetivos; la segunda es κινδυεύει μὲν γὰρ ἡμῶν οὐδέτερος οὐδὲν καλὸν καγαθὸν εἰδέναι, ἀλλ' οὗτος μὲν οἶεται τι εἰδέναι οὐκ εἰδώς, ἐγὼ δέ, ὥσπερ οὔν οὐκ οἶδα, οὐδὲ οἶομαι, que unas líneas más arriba traduje así: “quizás ninguno de nosotros dos sabe nada bello y bueno, pero él cree saber algo <bello y bueno>, sin saberlo, mientras yo, tal como, en efecto, no <lo> sé, no creo <saberlo>”.

Si mi lectura de 21b es correcta, Sócrates dice ahí que él ignora del todo si es sabio o no, no cosas como las siguientes:

³⁷ Ap. 21d.

³⁸ Ap. 21d.

- (a) “[tengo] conciencia de no ser sabio absolutamente en nada”³⁹,
- (b) “tengo la conciencia de que no soy sabio ni en lo más mínimo”⁴⁰,
- (c) “tengo la certeza absoluta de que no soy sabio en ninguna medida”⁴¹,
- (d) “tengo conciencia de que no soy sabio ni poco ni mucho”⁴²,
- (e) “sé que no tengo nada de sabio, ni poco ni mucho”⁴³,
- (f) “Yo sé muy bien que no soy en absoluto sabio”⁴⁴,
- (g) “I know that I have no wisdom, small or great”⁴⁵,

no sólo, ni principalmente, porque estas traducciones que cito tergiversan, a mi juicio, el sentido adverbial que μέγα y μικρόν tienen en ese lugar de la exposición de Sócrates (decir, por ejemplo, “pienso poco en Dios” no equivale a decir “pienso que Dios es poco”), sino, sobre todo, porque desvían el curso verdadero de aquella exposición, orientada esencialmente, me parece, en este tramo, y no sólo en él, de la *Apología*, a enseñar justamente el asunto, esto es la *sabiduría*, la ocupación habitual, de Sócrates, eso a lo que Sócrates *se dedica* y le permite a él reconocer, “en favor de la sentencia del oráculo”⁴⁶, que en el fondo de aquella sentencia el dios declara, mediante la Pythia, que sapientísimo sería quien *supiese* que en relación a la sabiduría divina la propia no vale nada, lo que no equivale a declarar que los más sabios no saben “absolutamente nada” ni nada por el estilo.

Cierto que tomado sólo literalmente el enunciado “no me considero sabio” equivale, por obversión, a “me considero no sabio”, pero creo que aquí no hemos de tomarlo de la boca de Sócrates de una manera literal, sino como lo toma Sócrates, *en el curso* del alegato que seguimos, pues *en el curso* de este alegato él reconoce que (perplejo ante la respuesta de la Pythia a Querefonte) afirmaba no tener conciencia de ser sabio, pero que (convencido, cada vez más, de la veracidad de la respuesta de la Pythia), *negaba ser no sabio*, y poco a poco se iba reconociendo más bien como *sabio, muy sabio, sapientísimo*, es decir muy enterado

³⁹ José M. Pabón y Eustaquio Echaurre Martínez, *Diccionario Griego-Español*, Spes, 1961.

⁴⁰ Platón, *Apología de Sócrates*, traducción de Mario Frías Infante, Juventud, La Paz, 1999.

⁴¹ Platón, *Apología de Sócrates*, traducción de Gastón Gómez Lasa, Universidad de Chile, Santiago, s/f.

⁴² “Apología de Sócrates”, traducción de J. Calonge, en Platón, *Diálogos*, Gredos, Madrid, 1990.

⁴³ “Apología de Sócrates”, traducción de Enrique López Castellón, en Platón, *Apología de Sócrates, Critón, Carta Séptima*, Espasa Calpe, Madrid, 2003.

⁴⁴ W.K.C. Guthrie, *ob. cit.*, p. 388.

⁴⁵ “Apology”, en *Dialogues of Plato*, Jowett translation, edited and with introductory notes by J. D. Kaplan, Pocket Books, 1952.

⁴⁶ *Ap.* 22c.

de que su sabiduría valía poco y nada comparada con la divina. Y no cometía entonces una falta lógica, porque en el juicio “no me considero sabio” el término sabio significaba una sabiduría impropia de Sócrates, pero en (el tácito, pero ubicuo, e indudable) “me considero (muy) sabio”, significaba lo contrario: una sabiduría propia de Sócrates, alentada por el oráculo del dios.

Si, por otro lado, mi lectura de la segunda parte de las líneas citadas de 21d es correcta, Sócrates no afirma, realmente, en este lugar:

- (a) “yo en cambio, *así como no sé nada*, tampoco creo saber”⁴⁷; ni
- (b) “yo, que no sé, *creo que nada sé*”⁴⁸.

Pues en esta parte del texto griego correspondiente, que podemos revisar de nuevo ahora, Sócrates no dice *no sé nada* ni *creo que nada sé*; y poco antes, en el mismo texto, tampoco dice eso, sino que quizás él no sabe *nada bello y bueno*, lo cual me resulta comprensible a la luz de la socrática (y platónica, sobre todo platónica) convicción de que sólo *dios* sabe de veras, ininterrumpidamente, lo bello y bueno. Creo que como el interlocutor político de Sócrates carece de semejante convicción, o ella no se le nota, cuando los dos conversan, Sócrates se considera más sabio que él, igual que de “uno que pasaba por ser más sabio que aquel [político]”⁴⁹, y de otros “que parecían saber algo <bello y bueno>”⁵⁰: poetas trágicos, poetas autores de ditirimbos, artesanos hábiles en su oficio, que aunque diestros en ocupaciones acerca de las que Sócrates se reconocía inexperto o ignorante, como “no sabiendo nada [sobre ellas], por así decirlo”⁵¹, pretendían saber muchísimo también sobre cosas que ignoraban, incluidas “las más importantes”⁵², lo cual Sócrates, al dialogar con ellos y examinarlos en relación con su sabiduría, consideraba una desmesura reprochable que además ocultaba la verdadera competencia de todos ellos.

Arduos, polémicos, trabajos, ejercicios, de diálogo, que no dejaban de generarle adversarios y de alentar opiniones opuestas a él, entre sus interlocutores, ha emprendido Sócrates, dice Sócrates, acusado de impiedad, desde que se propuso refutar la sentencia (todavía incomprendida por él) del oráculo⁵³ hasta que esta

⁴⁷ Traducción de Mario Frías Infante, *ob. cit.* (cursivas mías).

⁴⁸ Traducción de Gastón Gómez Lasa, *ob. cit.* (cursivas mías).

⁴⁹ τῶν ἐκείνου δοκούντων σοφωτέρων εἶναι, *Ap.* 21d-c.

⁵⁰ *Ap.* 21c.

⁵¹ *Ap.* 22c-d.

⁵² τὰ μέγιστα, *Ap.* 22d.

⁵³ Cf. *Ap.* 21b-c.

sentencia (ya comprendida por él) *le resultó irrefutable*⁵⁴ y le dio la señal esclarecedora de que “en realidad el dios es sabio, y en ese oráculo declara que la sabiduría humana vale poco y nada”⁵⁵. Él mismo agrega, en este contexto, que cree que la mención de su nombre por parte de la Pythia funciona como un ejemplo puesto por el dios para significar que el más sabio es quien como él mismo *sabe* “que en relación a la sabiduría él verdaderamente no vale nada”⁵⁶.

La comprobación de la veracidad del oráculo referido a él compromete tan decisivamente a Sócrates con el ejercicio de su *asunto*, es decir con la *práctica* de su (muy humana y superlativa) sabiduría, que en adelante él no sólo quitará de esta práctica el propósito de verificar (o refutar) la sentencia de la Pythia, que ha cambiado su vida, sino que la emprenderá como un servicio filosófico, digamos, al dios:

Tratando, pues, todavía hoy, cosas así, yo busco y pregunto, conforme al dios, entre los ciudadanos y extranjeros, si alguno me parece sabio, y cuando no me <lo> parece nuestro, colaborando con el dios, que no es sabio. Por esta tarea no me ha quedado nada de tiempo libre para ocuparme <de manera> digna de crédito de los asuntos de la ciudad ni de los domésticos, sino me hallo en una gran pobreza, por mi servicio al dios.⁵⁷

4

De modo que al menos desde que ha tomado conciencia madura de su oficio, el filósofo Sócrates *sabe* que él:

(a) se conoce a sí mismo o (por ejemplo) no les hubiera dicho a sus jueces, al comienzo de su defensa, que ha estado a punto de “olvidarse de sí mismo”, ante las palabras de sus acusadores;

(b) es alguien veraz, de modo que con ocasión de su defensa dirá “toda la verdad” a sus jueces, aunque sus palabras choquen con los usos corrientes en el tribunal, (17b, c, d, 18a, 20d, 22a, 24a, 26a, 27a, 28a, 28d, 31c, e, 33c);

⁵⁴ Cf. *Ap.* 22a: [...] ἵνα μοι καὶ ἀνέλεγκτος ἡ μαντεία γένοιτο.

⁵⁵ τῷ ὄντι ὁ θεὸς σοφὸς εἶναι, καὶ ἐν τῷ χρησμῷ τούτῳ τοῦτο λέγειν, ὅτι ἡ ἀνθρωπίνη σοφία ὀλίγου τινὸς ἄξια ἐστὶν καὶ οὐδενός, *Ap.* 23a.

⁵⁶ ὅστις [...] ἐγνώκεν, ὅτι οὐδενὸς ἄξιος ἐστὶ τῇ ἀληθείᾳ πρὸς σοφίαν, *Ap.* 23b.

⁵⁷ *Ap.* 23b-c. Cf. *Ap.* 33c: “A mí, como digo, hacer esto me fue ordenado por el dios, mediante oráculos y sueños y todos los otros modos por los que en su momento un mandato divino ordena a un hombre hacer algo”.

(c) procura decir cosas justas, que vengan al caso, pronunciar un discurso justo, evitar injusticias (17c, 18a, 28b, 32d, 33a);

(d) ignora muchas cosas que otros (artesanos, poetas, etc.) saben, y otras innumerables, incluidas unas sobre las cuales pregunta y replica a los demás, sin presumir entonces de saber lo que ignora, (20c, d, e, 21b, 21d, 23a, 33b);

(e) reconoce que la sabiduría humana más excelente vale poco o nada, comparada con la divina (23b, 29b, *et passim*);

(f) filosofa como una especie de servicio al dios.

No vendrían, pues, al caso, en el marco de su *apología* recreada por Platón, las afirmaciones corrientes según las cuales Sócrates dice primero que nada y sobre todo, que *no sabe nada* y que la base de su actividad filosófica consiste no en un saber sino en un no saber, esto es el concurrido lugar común donde se dice que “sólo sé que nada sé” constituye “la afirmación socrática más concluyente e indubitada”⁵⁸, “la [más] característica postura socrática”⁵⁹, “dado que Sócrates [...] estaba convencido de no saber nada en absoluto”⁶⁰, como si el saber (ético) de Sócrates no fuera un verdadero saber y quien filosofa filosofa siempre desde un no saber. Desde el comienzo de la *Apología* que seguimos Sócrates deja ver, más bien, como vemos, o entrevemos, que él *sabe*; y en su alegato de defensa él muestra más de algo de lo que *sabe*. Así las cosas, no sorprende que la exposición de las que uno podría llamar (¿por qué no?) *convicciones previas* o *creencias básicas*, de la sabiduría de Sócrates, se concentre y perfeccione, entre 28a y 34b, de la *Apología*, con las notables, sabias consideraciones dedicadas ahí al *alma* y al *cuidado del alma*, que los acusadores y jueces de Sócrates quizás tomaran menos como una defensa sensata del acusado que como una soberbia, y tal vez algo ridícula, e inusual,

⁵⁸ Antonio Tovar, *Vida de Sócrates*, Alianza Editorial, Madrid, 1999, p. 184. En la misma página de este libro, Tovar escribe que en *Apología* 20e, Sócrates dice: “¡Dichoso yo si supiera lo que otros no vacilan en creer que saben! ¡Cómo podría enorgullecerme! Pero no sé nada, atenienses, atenienses que me escucháis; no sé nada, y ante vosotros me presento desnudo y sin los adornos de una mentirosa certeza”; un párrafo que parafrasea, supongo, éste que traduzco así: “Yo, varones atenienses, por nada sino que por cierta sabiduría he adquirido esa fama. ¿Qué clase de sabiduría es ésa? La que es quizás una humana sabiduría. En realidad yo sería sabio en ella y los que mencionaba hace poco serían sabios en una sabiduría sobrehumana, o no sé qué decir. Yo al menos, no la poseo. Quien lo afirme miente y me calumnia.”

⁵⁹ W. K. C. Guthrie, *ob. cit.*, p. 379.

⁶⁰ W. K. C. Guthrie, *ibid.*, p. 390. Cf., por ejemplo, “Sócrates es el hombre que ‘sólo sabe que no sabe nada’”; “Sócrates [...] admite y reconoce [...] ‘Yo sólo sé que no sé nada’” (Rubén Carrasco de la Vega, Introducción al *Critón* que traduce Mario Frías Infante, Plural Editores, La Paz, 2007, pp. 18 y 22). Un antecedente remoto de esta difundida opinión en Cicerón, *Cuestiones Académicas* 1, 4, ed. cit.: “[Sócrates] en casi todos los diálogos [...] discute [...] diciendo que sólo sabe que nada sabe”.

provocación. Pues parece que nadie entre los griegos había usado ese término, alma, ψυχή, en el sentido en que Sócrates lo usaba, como “algo en nosotros capaz de alcanzar la sabiduría, así como también la bondad y la rectitud.”⁶¹ Antes de Sócrates la ψυχή, habría sido considerada “siempre algo oscuro y misterioso, del todo aparte de la conciencia normal”,⁶² “una especie de misterioso segundo yo”⁶³ nada relacionado “con el conocimiento o la ignorancia, con la bondad o la maldad, lo cual es para Sócrates el carácter sobresaliente del alma”⁶⁴. En esta parte de su defensa, entre 28a y 34b, Sócrates retoma, pues, los principales rasgos de lo que él ha venido presentando como su sabiduría y los completa con palabras referidas al alma y su cuidado, es decir al cuidado y conocimiento de sí mismo, algo que Apolo y la Pythia delficos alentaban también, con el “Conócete a ti mismo” de la famosa inscripción. Las que llamo *convicciones previas* o *creencias básicas*, de Sócrates, adoptan, o pueden adoptar, entonces, la forma de *máximas* o *expectativas ideales*, de Sócrates, sobre su conducta y carácter y la conducta y el carácter humanos en general y filosóficos en particular, *máximas* que cabe resumir y ejemplificar como sigue:

1. Primera máxima. Si algo moralmente provechoso se puede esperar de quien actúa, éste tiene que fijarse, al actuar, en si hace cosas justas o injustas (δίκαια ἢ ἀδίκαια πράττει, 28b; v. 32c, 33a, 35c) y si sus obras (ἔργα, 28b) son propias de un hombre bueno o de un hombre malo, más bien que calcular los riesgos (de vida o muerte) que sus acciones le pudieran ocasionar. El mismo Aquiles se comportaría de un modo ejemplar en este sentido (piensa Sócrates, yo no), si creyó que era justo matar a Héctor y vengar, así, a Patroclo, aun sabiendo que poco después de eso moriría. En cuanto Sócrates actúa como aconsejado por esta máxima, él no se avergüenza de dedicarse a una ocupación (ἐπιτήδευμα, 28b) a causa de la cual corre el riesgo inminente de morir.
2. Segunda máxima. Si uno se ha comprometido con un modo de vida elegido por él mismo como valioso, o con un puesto obligatorio que le

⁶¹ John Burnet, “Doctrina socrática del alma”, UNAM, 1990, p. 27. W. K. C. Guthrie (*ob.cit.*, p. 444), no se muestra “totalmente de acuerdo” con esta opinión de Burnet, aunque reconoce la originalidad de la idea socrática del alma.

⁶² John Burnet, *Ibid.*, p. 42.

⁶³ John Burnet, *Ibid.*, p. 46.

⁶⁴ John Burnet, *Ibid.*, p. 45. El hombre de Homero, por ejemplo, escribe E. R. Dodds, “no tiene concepto alguno unificado de lo que nosotros llamamos ‘alma’ o ‘personalidad’ [...] Es bien sabido que Homero parece atribuir al hombre una *psykhé* sólo después de la muerte, o cuando está desmayándose, o moribundo, o amenazado de muerte. La única función que consta de la *psykhé* respecto del hombre vivo es la de abandonarlo” (*Los griegos y lo irracional*, Alianza Editorial, Madrid, 1980, p.28).

ha sido asignado por alguien reconocidamente superior en el mando (en caso de guerra, por ejemplo), no los abandonará, se mantendrá firme en ellos, fiel a ellos, constantemente, cuanto le sea posible, sin temerle a la muerte ni a nada salvo a la deshonra de su vida. Sócrates no abandonará entonces, por miedo a morir, la vida filosófica que lleva desde que confirmó la sentencia de la Pythia, referida a él, como antaño no abandonó su puesto militar en las batallas de Potidea, Anfípolis y Delio. Si lo hiciere sí sería justo acusarlo de no creer en los dioses o rechazar el oráculo o incumplir con la divinidad o creerse sabio sin serlo, por temerle a la muerte sin saber si ella es un mal o un bien.

3. Tercera máxima. Al tener que elegir entre algo incierto, de lo cual se ignora si es un mal o no, y algo de lo que se sabe, a ciencia cierta, que es un mal, vale más optar por lo primero. Como él, alega Sócrates, expuesto a la pena de muerte, no sabe si la muerte es un mal o un bien (y *sabe* que no lo sabe),⁶⁵ pero sí sabe que abandonar la vocación propia de su vida, o la misión, la tarea obligatoria, que le ha sido asignada, es un mal, correrá el hermoso riesgo⁶⁶ de seguir esa vocación, de cumplir, en cuanto le sea posible, aquella tarea, de modo que aunque sus jueces le propusieran liberarlo a cambio de que renuncie a ambas, y lo amenazaran con la muerte en caso de reincidir en ellas, rechazaría, sin duda, esa propuesta.
4. Cuarta máxima. Hay que cuidar el alma. La sabiduría, la verdad, la buena salud del alma, son humanamente más estimables que las riquezas, la fama, los honores,⁶⁷ si estas apetecibles cosas se desvinculan de lo valioso para el alma; pues “la virtud no surge de las riquezas, sino que a causa de la virtud las riquezas y todas las demás cosas privadas y públicas, llegan a ser bienes para los hombres.”⁶⁸ (Sócrates agregará más adelante, en 36c y 39d, en esta línea de su defensa, que cuidar el alma equivale a preocuparse de sí mismo y que esto no consiste en atender las cosas

⁶⁵ *Ap.* 29b: “Y si pudiera decir que soy más sabio que alguno en alguna cosa, sería ciertamente en que no sabiendo lo suficiente acerca de las cosas relativas a la región de Hades estoy consciente también de no saberlo” (trad de AV). Cf. *Ap.*, 40a-41d.

⁶⁶ Καλὸς γὰρ ὁ κίνδυνος, “pues el riesgo es hermoso”, *Fedón* 114d.

⁶⁷ *Ap.* 29d,c: ὦ ἄριστε ἀνδρῶν [...] χρημάτων μὲν οὐκ αἰσχύνη ἐπιμελούμενος [...] καὶ δόξης καὶ τιμῆς, φρονήσεως δὲ καὶ ἀληθείας καὶ τῆς ψυχῆς, ὅπως ὡς βελτίστη ἔσται, οὐκ ἐπιμελῇ οὐδὲ φροντίζεις; El uso de φρόνησις (sabiduría) en este lugar, muestra que este sustantivo tiene aquí connotaciones teóricas y prácticas al mismo tiempo.

⁶⁸ *Ap.* 30b.

propias **antes** que nada, sino en tratar de ser lo mejor y más sensato, y en **41e** manifestará su deseo de que sus hijos cuiden de su virtud o excelencia (ἀρετή) antes que de las riquezas o de cualesquiera otras cosas). Los bienes del alma son de tal manera superiores a los otros bienes del individuo, que resultan, por lo demás, inmunes a las vicisitudes adversas de éstos, incluidas las que exponen a la pérdida de la propia vida. De ahí que sea inadmisible “que un hombre mejor sea dañado por uno peor”⁶⁹, aunque éste lo despoje de sus derechos ciudadanos, lo destierre o lo mate; y ocurra que quien comete una injusticia resulte en realidad más dañado que el justo que la padece. Durante su defensa Sócrates declara que él insiste a diario en la excelencia individual y ciudadana de esta máxima, y que por este ejercicio constante (que no se detiene, por lo demás, en conocimiento particular alguno no filosófico) descuida (¡ay!) su casa y su patrimonio, y se abstiene de participar en la muy a menudo innoble actividad política.

Más adelante, cuando concluye su defensa; y poco después de esto, cuando es declarado culpable y luego condenado a muerte, entre 34b y 42a, Sócrates reafirma, y desarrolla, tranquilamente, esas convicciones. Que los jueces, pues, actúen con justicia: él no descrece en los dioses y evita cometer injusticias;⁷⁰ preocuparse de las cosas propias vale más si lo precede el preocuparse de sí mismo, “para llegar a ser lo mejor y más sensato posible”⁷¹; “la vida descuidada de sí es intolerable para un hombre”⁷²; rechazar la muerte, a cualquier precio, parece impropio de alguien libre, pero la maldad es más nociva que la muerte, y cuesta más escapar de ella que hacerle el quite a la muerte; la muerte (y aquí, entre 40a y 41c, Sócrates desarrolla, por decirlo así, lo que más arriba yo llamaba tercera máxima) sería un bien, no un mal; en todo caso para alguien bueno “no hay ningún mal, mientras vive ni cuando ha muerto”⁷³.

No serían, las socráticas que recolecto de la *Apología* de Platón, máximas semejantes, por ejemplo, a las de una moral como la provisional postulada por Descartes en la tercera parte del *Discurso*, al menos en cuanto éstas se referían a las acciones, no a los juicios, y no integraban entonces la juiciosa tarea cartesiana principal, de “tan sólo indagar la verdad”, pero las de Sócrates sí forman parte

⁶⁹ *Ap.* 30d.

⁷⁰ *Ap.* 37b. No se considera, por lo tanto, merecedor de ningún mal (*Ap.* 38a).

⁷¹ *Ap.* 36c.

⁷² *Ap.* 38a: ὁ δὲ ἀνεξέταστος βίος οὐ βιωτὸς ἀνθρώπῳ.

⁷³ *Ap.* 41d.

de la tarea filosófica principal de Sócrates, sabia y prudente, φρόνησις y σοφία a la vez, de modo que el cuidado socrático del alma conlleva φρόνησις y ἀλήθεια, saber de lo valioso y verdad.⁷⁴

Quizás pueda decirse de estas máximas de la *praxis sabia* de Sócrates, que parecen “principios subjetivos de la volición” no menos imperiosos, ni menos aplicados en cada situación ética, deliberadora, del actuar íntegro de Sócrates, que lo que un kantiano llamaría, por una parte, *ley práctica* o *principio objetivo*, y, por otra, *regla de acción concreta* de un individuo.

Yo veo en ellas también lo que en un texto de 1947 Ludwig Wittgenstein reconocía como “una fe religiosa”: “algo así como el apasionado decidirse por un sistema de referencias. Como si además de ser *fe*, fuera una forma de vida o una forma de juzgar la vida”⁷⁵

Sean ellas lo que fueren, creo que esas (y otras) *creencias básicas* o *convicciones previas*, de Sócrates, muestran sin ni un equívoco que Sócrates, “el fundador de la ciencia moral, [el que] creó la moral como ciencia de la virtud, [el que] comprometió al sabio, al establecer una correspondencia entre la sabiduría y la conducta”⁷⁶, *sabe y sabe que sabe*, lo cual a mi juicio no anula, sino más bien respalda siempre, su constante, *dialéctica, transitoria* afirmación de que él no sabe y quiere saber...

⁷⁴ Véase, por ejemplo, *Ap.* 29c.

⁷⁵ Ludwig Wittgenstein, *Observaciones*, siglo veintiuno editores, México, 1986, p. 115.

⁷⁶ A. J. Festugiere, *Sócrates*, ed. cit., p. 10.